

MONTIEL BALLESTEROS, *Querencia*.—Montevideo, 1942.

Antes de publicarse este libro, su autor había producido "la cantidad de seis robustos ciudadanos que andan rodando por el mundo, a pesar de que las malas lenguas afirman que se apolillan en los anaqueles de las librerías". Los tales "ciudadanos" son las obras siguientes: *Cuentos uruguayos* (1920); *Alma nuestra* (cuentos, 1922); *Los rostros pálidos* (cuentos, 1924); *Luz mala* (novelas cortas, 1927); *Fábulas* (1923), y *La raza* (novela, 1928). Las líneas citadas se hallan en el prólogo de *Montevideo y su cerro* (1928), lindo ejemplar del surrealismo uruguayo, con su desfile de imágenes confusas, de citas a la moda de entonces, de ecos de todo lo inexacto e inquieto que los jóvenes han bautizado con el nombre de vanguardismo.

Hermoso estreno el de estos siete libros, manifestación del talento de un escritor que nos advierte que en él hay pesimismo que descontar y nos promete que hay también bellezas descriptivas y retratos admirables que esperar.

Digamos de una buena vez que no nos parece que Montiel Ballesteros tenga pasta de novelista eminente. De cuentista, sí; pero tratándose del talento que observa, estudia, y después reproduce con las aportaciones que exige la lenta y completa maduración, está lejos de ser un Pereda o un Palacio Valdés. Al lector atento le recomendamos que examine su novela *Pasión* (1935), que no encierra un desarrollo convincente, sino una serie mal cosida de incidentes dolorosos. De lo que sí es maestro el escritor uruguayo es de "fábulas", esos cuentos minúsculos cuya parte didáctica sustituye su consuetudinario pesimismo.

Querencia es obra de la misma mentalidad sabia, ágil y fecunda. Al leerla, más de una vez estuve a punto de preguntarme: ¿Pero en qué se parece esto al estilo de esas *Fábulas* que Montiel Ballesteros escribía allá por el año de 1923?

Si no estoy equivocado, nuestro autor colabora en los diarios uruguayos, y puede conjeturarse que del trajín del periodista nacen sus cuentos. Los requisitos para el oficio de encargado de una sección o columna periódica son más o menos: conocimiento íntimo de la escena, ya sea Montevideo o el campo uruguayo, y talento para dialogar. Este lo posee Ballesteros. Se necesita además el poder de sintetizar las evocaciones, dejando ideas imborrables en el espíritu del lector, ya sean reflexiones filosóficas, moralejas no demasiado sutiles y recuerdos nostálgicos, no exentos de

fascinación. En los cuentos de *Querencia* los recuerdos respiran cierta tristeza telúrica.

Los cuentos uruguayos de *Querencia* son veintiuno, y se dividen en dos categorías: cuentos de gauchos orientales, incluyendo dos que estudian sus supersticiones, y cuentos del campo uruguayo y sus paisanos. De la primera clase hay media docena.

El primer cuento, "Querencia", relata la historia de un gaucho incapaz de abrirse camino en la vida. Está "dejau de la mano 'e Dios", pero tiene un potrillo que lo sigue amorosamente. Es su única prenda. Sin embargo, lo juega en unas carreras, y se lo gana un forastero. Repetidas veces el "mancarrón" se escapa al nuevo dueño y vuelve al gaucho Eleuterio. Aquél por fin lo maneató, pero en vano. El potrillo, "cuando pudo escaparse, rumbeó para la querencia".

Su nuevo dueño ya no pudo aguantar más. A media rienda se vino a buscarlo.

Lo encontró, derregado, con las patas delanteras sangrantes por el dogal de la manea, con la cabeza gacha y el cuerpo lleno de mataduras, erizado en un temblor que intentaba ahuyentar las moscas voraces...

Descabalgó de su montura, y torvo, con un gesto duro, excesivo para el hecho cobarde, sacó el puñal y se lo hundió dos, tres, cuatro veces, en el sangrador.

—Tomá, sotreta! Tomá, cariño! Tomá, querencia!

Al rato, Eleuterio, que había cobrado el importe de su segundo mes de trabajo, bien dobladitos en su cinto los diez pesos que le iban a permitir rehabilitarse, reconquistando a su caballo, a su amigo, a su pasado, cruzaba silbando frente a su viejo rancho, en dirección a la casa del hombre que se lo había ganado.

Pero la cosa no salió como él esperaba.

Ahora fué el indio quien desvainó su puñal para repetir el gesto del asesino del amigo.

En un diario de la capital, un cronista tan apresurado como desaprensivo, relatando el hecho baladí, detiene un momento la pluma en la reflexión ligera de las pasiones primarias de nuestra gente del campo, que se juega la vida por la existencia de un mancarroncito de mala muerte.

El cuento es banal en sus pormenores, pero no conozco páginas que me hayan hecho sentir más vivamente, aceptándola como hecho, la relación de "carne y de uña" que existe entre "el flete" y su dueño.

“El caudillo” es un verdadero gajo épico desprendido del inmenso tronco de la totalidad de hazañas gauchas. Maguna y su hijo, salteadores de caminos, se lucen en una refriega entre los gauchos que les llevan prisioneros y unos cincuenta “colorados”. El viejo, en el momento crítico, cuando éstos avanzan al ataque, se crece extraordinariamente, y llega a tener estatura épica: tanto domina, que hasta capitanea a los mismos captores! . . . Grita órdenes, dispone de sus pocos “blancos” y dispone de las vidas de muchos, ordenando que carguen contra los “colorados”. Huye el enemigo:

Siguió dando órdenes Maguna, que le fueron obedecidas . . . La indiada admiró su decisión, su sangre fría y su coraje. Era un jefe! Aquello lo salvaba.

Agradecidos, le ponen en libertad a él y a su hijo. Montó en su pingo y en compañía de su hijo se perdió en la noche tras un:

—¡Que Dios les ayude y a mí no me desampare!

“El escapulario” no trata de las supersticiones gauchas, pues es la superstición viva que se ve, que se oye, que se siente a través de sus páginas. Oigamos:

El peón Sánchez no quería que yo le acompañase por la picada de Pereira, “que era asombrada”. Lo que era él tenía su protección, un amuleto con la imagen de la Virgen, guardado en el pecho. El peligro era una paisana gordita y linda, “que se ofrecía a uno”. Pero cuando el varón quería soltar a la hembra, no podía, no podía, hasta que veía que era la muerte.

—¿Y vos te animas, Sánchez? ¿La has visto?

—Verla no, la he colegido. En efecto, he sentido el frío nel espinazo, y el pelo erizau, pero nu'hecho caso, y he marchau sin mirar p'atrás, rezando juerte . . .

Yo dudé acompañarlo, y partió solo . . .

A la otra madrugada los peones tenían los caballos ensillados.

—No vino Sánchez, sabe . . .

Fuimos a la picada . . . Ibamos silenciosos. Repercutió en la fila una especie de escalofrío:

—¡Aquí está!

Me sentí impulsado a hablar.

—Debe de haber sido un ataque al corazón.

Aguilar, abriendo la pechera de la camisa, me dió una lección:

—¡Ataque! . . .

Y me preguntó, como si tuviese la seguridad de que yo conocía la leyenda y la existencia del amuleto:

—¿Y el escapulario?

De esta creencia gaucha hubiera podido decir Ballesteros lo que de otra superstición igualmente burda, pero igualmente poderosa, escribe al final del libro:

Terrible engendro de unas mentes supersticiosas y unas creencias religiosas y tristes, esta "viuda", patética herencia española, ayuda a ser graves, extraños y misteriosos a nuestros gauchos.

Ya he citado bastante para convencer al lector que el libro *Querencia* es fiel representante de un medio ambiente doloroso. Resta decir que este ambiente es un conjunto de la mente del autor y del *genius loci*. Tendría cierta razón quien dijo que los rasgos humorísticos no son sino el reverso de la tristeza. Leyendo *Los rostros pálidos*, del mismo autor, se siente uno inclinado a admitir la verdad de la observación, porque entre sus páginas más regocijadas se encuentra algún pasaje desesperado, trágico.

El talento de Ballesteros parece igualmente apto para expresarse por medio de trozos divertidos o de pasajes tristes. Al menos así se revela en muchas escenas de *Querencia*. Casi todos sus cuentos campestres tienen una nota autobiográfica, a veces amarga, otras dolorosa y siempre nostálgica. ¿Y el campo? Léanse las siguientes líneas, que parecen resumir la soledad melancólica del campo cercano a la frontera brasileña:

El camino fronterizo entre el Brasil y el Uruguay, la "línea", hace equilibrios, en el departamento de Rivera, sobre el lomo de la cuchilla de Haedo. Es monótono y triste.

Una uniformidad de pastizales, apenas matizados con el amarillo o el solferino de las flores del macachín, y allá, en las lejanías de Río Grande do Sul, alguna eminencia azulosa, "cerros chapeos", con su caprichosa silueta de pirámide trunca . . .

Las casas son islas temerosas de naufragar en el desierto verde . . .

Algún puesto, con un ombú . . .

Una erupción de terrones, punteados de cicutas, cardos y uñas-de-carnero; un calvo limpión de tierra apisonada; una tapera . . . Las "vendas", las pulperías, de lejos en lejos, y esos horribles marcos —los mojones que demarcan los límites—, bárbaras construcciones monolíticas, grotescas, con su tono gris ferruginoso.

Con la desesperación de sus cruces levantando sus negros brazos al cielo; con sus sepulcros descostrados, mohosos y tristes, un cementerio se desmorona por allí . . .

De los departamentos del Norte guarda el autor recuerdos de su infancia. Nada tan encantador como ellos: los arroyos frescos en que se bañaba, los bosques por donde galopaba, "aspirando su perfume vegetal", las cuchillas rayadas "por áridos callejones bermejos, color de sangre reseca" . . . "Vida limpia y pura" . . . "Goce de la naturaleza"!

¿No se creería que nos engañamos al hablar de la amarga desilusión de Ballesteros?

Podríamos creerlo si nouviésemos ante los ojos la dolorosa evidencia de las frases que preceden y que siguen tales rapsodias, y que nos hablan de "la honda, infinita soledad que es el campo" y del largo desfile de vidas arruinadas o anegadas en el ocio, la pobreza y la ignorancia, y que a veces salen del atolladero por medio del puñal o del revólver.

Sin embargo, el progreso lento pero seguro del interior del Uruguay es innegable. De él nos habla Ballesteros en "El ferrocarril". Aquí el progreso es impresionante, y brilla como un sol medio oscurecido por los nubarrones de una tormenta que se acerca. Un viejo paisano embiste a los ingenieros que trazan la línea que ha de pasar "por sus campos":

En este loco ataque inesperado, se le abre una herida en la cabeza.

Cuando volvió en sí, interrogó ansioso a sus hijos:

—¿Qué, ustedes también? . . . ¿Juyó la gringada?

—Sí, tata, lo engañaron, compasivos.

El suspiró, satisfecho:

—¡Ah, güeno! . . . Cuistión de animarse. ¿No ven cómo sí se acomodan fácil las cosas? Unos cuantos gauchos decididos pueden arreglar otra vez al país.

Y se durmió para siempre con la consoladora esperanza.

*

* . *

FERNÁN SILVA VALDÉS, *Cuentos y leyendas del Río de la Plata*.—Buenos Aires, Imprenta de Guillermo Kraft, 1941.

Hermoso libro éste de Silva Valdés, con sus márgenes amplios, su papel fino y bella tipografía, y sobre todo con los dibujos del talentoso artista Alberto Güiraldes.